

# ROMANCE DEL PUEBLO EN FIESTA

(HISTORIA DE UN BUEN SEÑOR  
QUE, ENTRE OTRAS CALAMIDADES,  
SUFRIÓ UNA FIESTA MAYOR)

¡Qué alegría esta mañana!  
Ayer tarde ¡Qué alegría!  
Hoy porque al fin ha llegado  
Ayer porque ya venía.  
Hoy lo han dicho las campanas  
con sus badajos colgantes.  
Ayer lo decía el paso  
de los flamantes gigantes.  
Pero a Dn. Cándido el hecho  
no le cogió de sorpresa  
porque el tema hacía días  
que estaba sobre su mesa  
pues que la suegra, y él mismo  
y su amantísima esposa  
y del mayor al menor  
de su prole numerosa  
hace días que no paran  
y trabajan con calor  
preparando la llegada  
de nuestra Fiesta Mayor.  
Para ello requirieron  
servicios extraordinarios  
de un ejército compuesto  
de los objetos más varios  
que emprendieron la ofensiva  
y emprendieronla a destajo:  
las escobas, el plumero,  
los zorros, el estropajo  
el martillo, los pinceles,  
una escalera de mano  
y tubo «Dens» pa limpiar  
el teclado del piano.  
Brocha en ristre, repintaron  
chucherías sin valor,  
se blanqueó la cocina.  
se arregló un interruptor,  
se pulieron los metales,  
se barnizaron las sillas  
las mesas y los roperos,  
se cambiaron tres bombillas  
de una lámpara historiada  
hoy ya pasada de moda  
que le regaló su socio  
en el día de la boda,  
salieron de los armarios  
jarros, vajillas enteras,

copas, vasos, licoreros  
y catorce vinagreras,  
unos instrumentos raros  
que nunca jamás usaron  
y los cubiertos de plata  
del día que se casaron.  
Se limpió pieza por pieza  
todo cuanto hay en la casa.  
Se fregó, se refregó  
i es va fer correr l'estrassa.  
Y tras tan fiera refriega  
no hubo otra baja sensible  
que tener que lamentar  
que la de un vaso irrompible  
que olvidó su condición  
y una vieja escupidera  
que Dn. Cándido rompió  
al caer de la escalera.  
¡Qué alegría esta mañana  
por la fiesta que llegaba!  
Sólo el marido sabía  
los cuartos que le costaba.  
Porque, después que dejaron  
la casa como un bombón  
comenzaron los debates  
sobre la alimentación.  
Se habló de carne de pluma,  
de salsas y de guisadas,  
de vinos y de pasteles,  
de licores y de helados.  
Se recorrieron las tiendas  
y se compró... ¡la karaba!  
y Dn. Cándido, el marido,  
puginaba, puginaba.  
Mas, por si ello no bastara  
para volverle a uno loco  
y dispuesta la familia  
a tratar de todo un poco,  
repasando el vestuario  
se acordó, sin más rebaja,  
que la amantísima esposa  
necesitaba una faja,  
Mary Merche una torera,  
Encarnación una falda,  
Margarita un vestidito  
de esos que van sin espalda,

una blusita Maria,  
unos zapatos Fernando...  
Y Dn. Cándido seguía  
bitllo, bitllo, puginando.  
¡Que alegría esta mañana  
cuando la fiesta llegaba!  
¡Sólo el marido sabía  
los cuartos que le costaba!

Y luego...  
\* \* \*

¡Ya llegan los forasteros!  
¡Ay que ya se ven llegar!  
Ya llegan, por carretera  
por tren, y algunos por mar.  
Llegan los que se invitaron  
por carta particular  
y hasta llegan unos cuantos  
que olvidaron invitar.  
Ahora si que está la fiesta  
a punto de caramelo.  
Dn. Cándido dormirá  
seguramente en el suelo,  
las niñas en el desván,  
Fernando en una otomana  
y la amantísima esposa  
en la cama con su hermana.  
Y no hablemos del mañana  
porque esto aún no se ha vivido.  
Mas, puede darse por cierto  
que Dn. Cándido el marido  
atenderá a los parientes  
llevándolos cada día  
a tomar vermut con tapas  
en el Chic o en el Bahía  
a S'Agaró, a las boleras  
a jugar al golf en Yola  
al cine, al fútbol, al circo  
y a tomarse un coca-cola.

Y así, siguiendo este plan  
que al fin es el más probable  
porque digan lo que digan  
Dn. Cándido es hombre amable,  
la fiesta se pasaría  
sin saber como ni cuando  
y el Cándido seguiría  
bitllo, bitllo, puginando.

El Cronista